

A veces prosa

El éxodo de aquí y de allá

Adolfo Castañón

*Toma el bordón, peregrino;
como ayer a la alborada,
hoy con la noche mediada
has de emprender el camino.
Ya de las aves el trino
no alegrará tu jornada;
está la noche cerrada,
negro y callado el camino.
Si por la senda ignorada
al azar de tu destino
has de caminar sin tino,
ni busques ni esperes nada...
hunde tu sombra cansada
en la sombra del camino.*

(“Ahasvero”, *Cancionero de la vida honda*,
Obras completas, tomo II, p. 105).

FRANCISCO A. DE ICAZA

I

No es ésta la primera vez que Juan Goytisolo viene a México ni este acto el único en que ha participado aquí. Vino por primera vez —como ha contado él mismo— a principios de 1962, invitado por Miguel Barbachano y ahí conoció a la mayoría de sus amigos mexicanos como Carlos Fuentes. Yo recuerdo el viaje que hizo a nuestra ciudad en 1974, en compañía de Monique Lange, editora de Gallimard y primera traductora al francés de Juan Rulfo, para participar como jurado en el concurso de “Primera Novela” convocado por el Fondo de Cultura Económica. Además sé que su nombre, santo y seña han estado presentes en nuestras letras. Goytisolo fue durante aquellos años por efecto del franquismo “editorialmente mexicano” y ciudadano de nuestras letras a través de la amistad y de las palabras de Octavio Paz y Carlos Fuentes quien incluyó un capítulo sobre él en su libro-manifiesto, *La nueva novela hispanoamericana*, “Juan Goytisolo: la

lengua común”. En México se publicó en 1966 la novela *Señas de identidad*, en 1969 la re-edición de *La isla*, en 1970 *Reivindicación del conde don Julián* y en 1976 la misma editorial Joaquín Mortiz el libro de Linda Gould Levine, *La destrucción creadora*. Publicó textos y ensayos en *Plural* y *Vuelta* de Octavio Paz y en 2002 se le concedió en México el Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo que le entregó nuestra amiga Marie José Paz. Goytisolo no sólo era en su origen editorialmente mexicano. Existe entre su obra y la materia y forma de la expresión americana y mexicana una red de vasos comunicantes, en el tono, en la furia, en el deseo de innovación tanto como en la audacia creadora. Volví a encontrar personalmente a Goytisolo en esa ocasión, pero, a diferencia del primer encuentro fugaz y como de reojo de 1974 ya había tenido tiempo de leer algunos de sus libros —gracias a los préstamos de Danubio Torres Fierro— y conocer su mundo y trasmundo. Por eso el paseo que hicimos por el Zócalo la mañana del jueves de corpus de aquel 2002 fue el espacio singular en que, a ritmo lento y moroso, y como de casualidad, nació, junto con una viva simpatía, el proyecto de armar una antología de su obra ensayística para lectores mexicanos y americanos, al compás de la caminata que tuvo el efecto de desdoblarse la plancha de nuestra plaza mayor y poner virtualmente sobre ella otra, a la par real e imaginaria, a la par profusa y gobernada por un orden secreto, la de la plaza de Marrakesh cuya bóveda inmaterial y vertiginosa describen las páginas de la novela *Makbara*. Sus palabras me llevaron a pensar y sentir que esos dos espacios son



Juan Goytisolo

como los polos subterráneos que sostienen el mundo hispánico. Durante aquel paseo noté cómo Juan Goytisolo no camina sino que parece flotar en el espacio como si fuese un *efrit* de las *Mil y una noches*, como que anda con los ojos muy abiertos y atentos pero a la vez dando cada paso con una rara conciencia sonámbula de los pasos que lo aventuran al mismo tiempo en otros reinos, en otras ciudades imaginarias. Mezcla de cálculo y distracción, de serenidad y disponibilidad. Goytisolo en resumen parecía conocer el Zócalo mejor que yo, y estar más y mejor en su aire y en su compás. Nos tomamos una foto muy *kitsch* con sombrero charro, sarape, paisaje apócrifo y junto a un caballito de madera como el “Clavileño” de don Quijote.

En el siglo XVIII John Dryden, el poeta laureado era consciente de que los mayores elogios y los más altos honores estaban reservados al escritor capaz de escribir un poema épico y que, en sus palabras, “indudablemente la mayor obra que el alma humana es capaz de realizar”.¹ Esta creencia atravesaría los siglos y alcanzaría la novela moderna. El tema de la guerra, la violencia entre los hombres y el poder conferiría, por ejemplo, mayor interés según esto a *La guerra y la paz* que a *Ana Karenina*. En el siglo XX, espacio de masacres, crisis, revoluciones y revulsiones y que ha roto el récord en materia de masacres y crueldad de toda la historia humana, la novela no sólo se dedicaría a la creación de héroes sino a la crítica y deconstrucción del orden épico, y el héroe sería más bien un anti-héroe, un cualquiera anónimo como K o un hombre suspendido como el *Dangling man* de Saul Bellow—o bien sería hipostasiado por el espacio y sus heterocronías— como en *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, *Rayuela* de Cortázar, *Paradiso* de Lezama Lima o *La región más transparente* de Carlos Fuentes.

La crónica de la posesión y conquista—como en la *Historia verdadera* de Bernal Díaz del Castillo sería substituida por la relación minuciosa y encarnizada de la desposesión, la alienación y la enajenación, como en la *Reivindicación del conde don Julián* de Juan Goytisolo.

La novela épica, basada en crónicas y anales de la realidad y la historia, sería substituida por una novela a medias carcelaria—como en *Señas de identidad*—, inspirada o fundada en algunos tramos en los “Diarios de vigilancia” de “los inspectores que anotaban con una objetividad digna de James M. Cain o Dashiell Hammett todos los movimientos, actos, palabras, etcétera, de los sospechosos a quienes vigilaban”.²

¹ Citado por Stuart Kelly en la *Biblioteca de los libros perdidos*, Paidós, México, 2005.

² Citado por Linda Gould Levine en *Juan Goytisolo: la destrucción creadora*, Joaquín Mortiz, México, 1976, p. 267.

³ Juan Goytisolo, *El exiliado de aquí y allá. La vida póstuma del monstruo del Sentier*, Círculo de Lectores, Barcelona, 2008, 157 pp.

Desde este hilo de razonamientos podría leerse *El exiliado de aquí y de allá*³ como un eslabón de esa cadena que en la narrativa de Juan Goytisolo se da en tono crítico a las fantasías y frustraciones y las falsas esperanzas de los grupos marginales y clandestinos. Y también como una afirmación de la libertad que está inscrita en el acto de la contemplación y de la lectura, como bien señala que el personaje de esta novela helada y sorprendente tenga cierta afición por la lectura del filósofo Spinoza, por cierto el único autor mencionado por su nombre en el libro. Autor, digámoslo entre paréntesis, que es leído también por los personajes de *La voluntad y la fortuna*, la nueva novela de Carlos Fuentes a través de las lecciones del profesor San Ginés, quien está inspirado a su vez en el profesor de derecho y teoría del Estado, Manuel Pedroso, de quien Fuentes fue discípulo.

III

El éxodo de aquí y allá llegó a mis manos a principios del año 2008. Juan Goytisolo me lo enviaba con un guiño de cortesía pues en 2007 se publicó la mencionada antología de sus ensayos literarios⁴ para dar a conocer mejor su obra y para marcar editorialmente el hecho de que se le hubiese concedido en 2002 el Premio Octavio Paz de Poesía y Ensayo. *El éxodo de aquí y allá* es una novela o relato breve de apenas 152 páginas dividido en 68 capítulos. Es la primera obra que publica el autor de *Paisajes después de la batalla* luego de haber anunciado que ya no reincidiría en ese género que tanto y tan bien practicó desde *La isla*, *Juegos de manos*, *Reivindicación del conde don Julián* y *Makbara*, entre otros títulos. Podría decirse que es una novela póstuma o si se quiere el primer libro nuevo y resucitado de Juan Goytisolo, sobre *La vida póstuma del monstruo del Sentier*. Una novela escrita por un resucitado o —¿cómo serán?— con los ojos y la mirada de un

⁴ *Ensayos escogidos de Juan Goytisolo*, compilación y prólogo de Adolfo Castañón, Fondo de Cultura Económica, México, 2007, 433 pp.



Juan Goytisolo
El exiliado de aquí y allá



Ahasverus un judío errante, un inmortal, un lívido Lázaro o Conde de Saint-Germain ateo que vuelve al mundo luego de haber conocido y olvidado “La otra orilla”. Juan Goytisolo ha dicho en diversas entrevistas que después de sus tres visitas a Sarajevo su escritura ha cambiado radicalmente, como si regresara de otro mundo. Tiene en la portada la imagen de una bomba compuesta por seis cartuchos y un detonador electrónico. Y esa portada le va bien pues el personaje póstumo que vuelve del Más allá en busca de un Más acá terminará estallando con un cinturón víctima de una bomba pegada a su gabardina. El exiliado no tiene ni familia ni amigos y deambula por los 68 capítulos—nótese el número— de su peregrinar zarandeado por las voces y presencias insidiosas representantes del “Sistema y del anti-sistema”.

Desde *El corazón de la oscuridad* y *El agente secreto de Joseph Conrad* hasta *La fosa de Babel* y *Los ojos de Ezequiel están abiertos* de Raymond Abellio—pasando por *El hombre que fue jueves* de Chesterton y *País portátil* de Adriano González de León—, los temas del terrorismo y la guerrilla con sus múltiples vistas ha fascinado a los escritores.

El exiliado de aquí y allá de Juan

Goytisolo se inscribe en esa genealogía ampliando su radio de acción a la descripción o relación de una utopía negativa o anti-utopía como *El castillo* de Franz Kafka o *Brave New World* de Aldous Huxley.

El descarnado personaje carece de rostro y casi de atributos: se sabe que es un amanuense o escriba que se ve zarandeado por las órdenes, consignas, voces y fríos o sofocantes alientos de entequeías como la ambigua y travesti “Alicia”, el rabino, el monseñor pedófilo, el déspota. Las aventuras del “monstruo del Sentier” —lector y admirador de Spinoza— recuerdan el ambiente de pesadilla de *El castillo* de Franz Kafka que suscitan el eco de los monólogos y diálogos de Beckett y evocan ciertas páginas corrosivas de Jonathan Swift. De buena parte de los hechos narrados se tiene noticia a través de frases e imágenes que aparecen en Internet. Dado que el Monstruo del Sentier es una entidad póstuma, carece de miedos y de pasiones, es un desahuciado, un resucitado que ve las escenas y combates, los entusiasmos y fervores desde una distancia, tensa de ironía. Pero en su divagar entre escenarios a la vez demasiado abstractos y demasiado típicos, el monstruo del Sentier va filtrando su gélido, abrasivo cuento, inyectando en el cuerpo del lenguaje y destilando en las palabras mismas una solución crítica que devela al peregrino leyente que lo sigue de desasosiego en desasosiego en el mundo concentracionario y aséptico de la civilización postindustrial y un malestar que es el que irradia esta humanidad envenenada de sí misma, auto-intoxicada por sus dicciones y contradicciones, como dijo el venerable Claude Lévi-Strauss —otro inmortal— en una de sus últimas entrevistas antes de cumplir cien años y de seguir vivo. El narrador resurrecto ya no es aquel furioso,

exuberante y corrosivo cronista que se inclinaba con el morbo impasible del cirujano sobre el cuerpo y la historia en descomposición. Al volver de las catacumbas al mundo, va comprobando en su peregrinación hacia la nada el lazo inmaterial que une a la víctima y al ejecutor, al sacrificado y al oficiante que lo lleva al holocausto. Esta ambigüedad magistral es una de las fuerzas estrictamente literarias de Goytisolo. Se da, además, entre su prosa fabulada y la de su ejercicio periodístico una fecunda relación donde la realidad constituida a través de la forma de la novela se va alimentando insidiosamente del comentario incisivo en la página periodística. Pongo como ejemplo un artículo del 19 de octubre de 2008 titulado “Ingeniería celeste, diseño constitucional” donde hay algún tramo que podría fundirse sin dificultad en la prosa de la novela:

Tras la avalancha de correos electrónicos orquestada por descreídos o seguidores de doctrinas rivales u opuestas, una breve carta pastoral atajó secamente la proliferación de infundios: no había conflictos administrativos ni de orden económico en torno a la aplicación concreta de los principios constitutivos de la Trinidad. Todo seguía igual. Esta concisa y tajante puntualización no frenó con todo la diseminación de bulos ni su consiguiente desvío a otros ámbitos de posibles desavenencias. Al poner los puntos sobre las íes respecto a la gestión patrimonial común —omitendo toda mención a desacuerdos de índole distinta— abría la puerta a nuevas especulaciones en torno al origen de aquéllas.⁵

⁵ “Ingeniería celeste, diseño constitucional” de Juan Goytisolo en *El País*, domingo 19 de octubre de 2008, pp. 27-28.

A través de sus páginas, la novela va dejando claves, vestigios, residuos y restos en la memoria onírica del leyente peregrino que, al cerrar el libro (que no se cae de las manos como prueba el hecho de que a unos meses de publicada ya ha tenido tres ediciones) lo hace reconocer que el autor ha logrado crear en ese ni aquí ni allá un lugar ominoso y memorable por más que no se pueda reconstruir más que el dibujo de su esfumada trama.

La conquista de ese lugar sin lugar, de ese *Erewhon*, para citar al Samuel Butler tan admirado por Valéry Larbud, de ese limbo, es la recompensa de este escritor alguna vez llamado Juan Goytisolo que ha renunciado a la esperanza y a la desesperanza y que, como una tortuga bajo su caparazón, va sobreviviendo a muy bajas temperaturas —las de nuestra helada época— a su propia, incesante metamorfosis tanto como a la del mundo.

El exiliado de aquí y allá es la historia de un peregrino que se mueve en el *entre* y a través del lenguaje que lo describe con su mundo abolido y avasallador; se mueve como si estuviese al borde del espacio y el vacío, en la orilla de un escritorio que se va borrando a medida que se lee.

Los opuestos en ese espacio vacío coexisten. Vacío también porque no sabemos —ni importa— de dónde viene esta ausencia nombrada que es el Monstruo de Sentier y su mundo. Rostros, vestidos, alimentos, costumbres de ese personaje que más que una presencia es una ausencia nombrada desde la cual se contempla el mundo desde su juego de sistema-antisistema que lleva a la reiteración o a la destrucción. La inmaterialidad del mundo descrito por el autor contrasta tensamente con la precisión de sus descripciones y la **M**actitud con que rinde las voces sueltas que él sabidamente

⁶ Juan Goytisolo, *El exiliado de aquí y allá*, op. cit., pp. 145-146.

El exiliado de aquí y allá es la historia de un peregrino que se mueve en el *entre* y a través del lenguaje que lo describe con su mundo abolido y avasallador.